



16 de septiembre de 1881

La vida común.

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Después de tantas buenas enseñanzas sobre la vida religiosa¹, solo hay un punto sobre el que deseo llamar vuestra atención: la importancia de la vida común. Es cierto que esto se desprende de todo lo demás. Sin embargo, es bueno volver a menudo sobre ello y tener muy claro que la forma más santa de vivir la religión es hacerlo con la mayor uniformidad posible.

Tomo esta frase de nuestras reglas. En el artículo sobre la pobreza se dice: *Mantendrán, en la medida de lo posible, la uniformidad en todas las cosas, como una virtud que mantiene no solo el espíritu de pobreza, sino también la unión y la regularidad.* Esto significa que en el vestir, en el vivir, en los hábitos de la vida, en el uso de todas las cosas que la comunidad pone a nuestra disposición, así como en nuestra manera de hacer y de actuar, debemos atenernos a lo que está establecido. Estas palabras son de San Vicente de Paúl, porque es uno de nuestros consuelos pensar que en nuestras reglas hay muchas palabras de santos, y recuerdo muy bien que esta es de San Vicente de Paúl. La recomendación constante que hacía a los suyos era que mantuvieran en todas las cosas la mayor conformidad posible.

Para aplicarla, hermanas, os diré que, cuando se es joven, es muy importante acostumbrar el cuerpo a contentarse con lo que da la Regla y, para ello, tomar simplemente todo lo que es de la vida común. En cuanto a las comidas, por ejemplo, una persona que quisiera reducir lo que se le da, que no tomara esto o aquello, necesitaría tomar algo fuera de la hora de las comidas y así saldría de la vida en común. Por el contrario, quien se acostumbra a vivir con las tres comidas de la comunidad, quien come con sencillez y sin misterios, como dice san Francisco de Sales, tiene la fuerza necesaria para seguir todos los puntos de la Regla.

Si leéis las obras de san Francisco de Sales, veréis que, desde el punto de vista del despojo de uno mismo, de la mortificación interior, para no dejar que la naturaleza se desvíe hacia ningún lado, este santo tan dulce es extremadamente severo. Por lo tanto, si se quiere llegar al despojo total de uno mismo, no hay que temer seguir simplemente lo que él dice, comer con sencillez y sin misterios, porque si, mientras se es joven, no se acostumbra a tomar lo que se le da, puede suceder que más tarde se esté demasiado débil y se necesite entonces una dieta especial.

El padre Matignon S.J., en el retiro que nos predicó, al llegar a este punto de la Regla de San Ignacio, en el que hay que prever lo que se va a comer, nos dijo: «En cuanto a vosotras, esta Regla no os concierne, porque lo que se os sirve no es en absoluto

¹ Alusión al retiro predicado por el padre Boulanger O.P.

excesivo.» Por lo tanto, no tenéis que calcular: «Si tomara un poco menos de vino, un poco menos de pan, un poco menos de esto o aquello...». Hay que comer sin más y sin misterios lo que se os sirve. Os transmito aquí los consejos de los santos, de san Vicente de Paúl, de san Francisco de Sales, un excelente religioso, superior de su comunidad. Lo que os digo sobre la comida, aplicadlo a todas las demás cosas. Nuestra Regla es bastante austera. Hay que aceptar en la medida de lo posible lo que da sin querer quitarle nada.

Ahora solo os diré que, cuando se tiene superiores que han pasado de los sesenta años, les resulta difícil mantener la vida comunitaria en todo. Por eso, después de todo, es ventajoso que las superiores de las casas tengan entre treinta y sesenta años, para que puedan dar ejemplo de fidelidad a la Regla. Cuando era joven, podía hacer lo que hoy ya no puedo hacer. Pero si, en el momento en que mi salud flaquea, aunque sea buena para mi edad, me veo obligada a tomar algunas medidas para aliviarla, debo, durante el resto de mi vida, desde que me levanto hasta que me acuesto, vivir la vida común.

Extiendo esto a las demás. No hay nada más importante para las superiores como para las inferiores que acudir a las comidas comunes, tomar los recreos con las demás, acudir al oficio a las horas establecidas, vivir con la comunidad. Las superiores no siempre pueden hacerlo: tienen visitas, asuntos que atender, cartas importantes que escribir y un sinfín de cosas que pueden impedirles asistir a todos los ejercicios regulares. Pero recordad, sea cual sea vuestra condición, que la vida común es la perfección a la que más debéis apegaros, porque conlleva un gran bien para vuestra santificación.

Hay una palabra más en la Regla: *Por lo tanto, huirán, se dice, de toda singularidad como fuente de desorden y, por ello, salvo impedimento aprobado por la superiora general, se acomodarán a la forma de vida común de la Casa Madre, ajustándose a las máximas y prácticas que allí se enseñan, tanto en lo espiritual como en lo temporal, sin adoptar nunca otras, aunque sean aparentemente buenas y mejores.* Esta frase es también de San Vicente de Paúl. Significa, hermanas mías, que también existe una vida en común del espíritu.

Tenemos un cierto espíritu. Se nos enseñan ciertas cosas durante nuestro noviciado, se nos da una orientación durante el curso de nuestra vida. Si una hermana, presa de un celo intempestivo, se dijera: «¡Si siempre hiciera ayuno! ¡Si obtuviera permiso para levantarme a las cuatro de la mañana!», saldría de la Regla. Esto es en lo material; pero también en lo espiritual podemos decir: «¡Si la oración se hiciera de otra manera!... Si, en lugar de recitar el Oficio en latín, que no entiendo, hiciera tres o cuatro horas de oración mental, tendría más devoción». «No me gusta la oración vocal, podría decir una hermana conversa: si, en lugar de recitar todos esos *Padrenuestros* y *Ave Marías*, hiciera oración, me santificaría más». El demonio se encarga a menudo de dar ideas como esas. Pero recordad, hermanas mías, que casi todos los santos religiosos, los cuarenta mil, por ejemplo, que cuenta la Orden de San Benito, se santificaron rezando el oficio con mucho cuidado. Entre esos cuarenta mil, hay sin duda muchos hermanos conversos que se han santificado rezando *Padrenuestros* y *Avemarías*, porque esa es la regla en las órdenes antiguas. Además, muchos santos rezan el rosario y encuentran en esta devoción el medio de unirse a Dios.

Al recomendaros la vida en común, os recomiendo que descartéis esas ideas extrañas que de repente se os ocurren: «¡Si hiciera esto o aquello que no hace todo el mundo!». Hay una pequeña satisfacción interior al decirse: «Hago lo que los demás no hacen». Es la satisfacción que tenía el fariseo cuando decía: «*Yo ayuno dos veces por semana; doy la décima parte de todo lo que gano. No soy como los demás hombres*²».

² Lc 18, 11-12.

Quizás no nos atrevemos a admitirlo en voz alta, pero en el fondo nos decimos: «Estas buenas hermanas siguen su Regla, yo hago algo más». Tened cuidado, hermanas, siempre os santificaréis cuando podáis seguir la vida comunitaria en todo, recibir lo que os da, recrearos en las horas fijadas y no hablar fuera de ellas. No os haréis santas si alguna ilusión os persuade tarde o temprano de que, para santificaros, necesitáis hacer otra cosa que no sea la forma común de vivir de la Casa Madre, como dice San Vicente de Paúl.